

Sobre el Exceso de Población

*Por el Dr. Luis BOSSANO.
Prof. de Sociología de la Facultad
de Ciencias Sociales de la Universi-
dad Central de Quito, Ecuador.
Colaboración especial para la Re-
vista Mexicana de Sociología.*

TRATAR del exceso de población es siempre bastante arriesgado y espinoso, entre otras cosas porque, el propio enunciado ya que por sí sólo supone una apreciación, representa, acaso, una posición contraproducente en esta hora frenética en que casi todos los estados del mundo hacen un desesperado reclamo de unidades humanas para destinarlas a la más inhumana de las tareas.

En términos generales, aún descartando aquella expectativa macabra que actualmente apremia a los pueblos, el aumento de la población constituyó una aspiración permanente y una preocupación inmediata en las diversas sociedades organizadas, especialmente en aquellas cuya densidad dentro de los respectivos términos territoriales asomaba escasa.

Universalmente y en manera obvia se ha convenido que un crecimiento cuantitativo habría de determinar, de modo invariable y seguro, una elevación de los factores y perspectivas de rendimiento integral, y en éste, desde luego, un desarrollo correlativo en los planos de la cultura y del perfeccionamiento crecientes, en virtud de una concurrencia cada vez más extensa e intensa de la acción humana. De allí ha partido, consistentemente, el ahincado empeño en fomentar por todos los medios los índices de natalidad, sin conceder, empero, la atención y el cuidado ne-

cesarios a otros aspectos fundamentales y a un cúmulo no despreciable de derivados de tal cuestión.

Muy lejos estamos, al enjuiciar, aunque sea muy panorámicamente el fondo de este problema, de insinuar el planteamiento de una condena total o indiferenciada en el drama de hoy, en que precisamente, una inmensa porción de la humanidad se ha visto compelida a una lucha en que se trata de alejar del planeta todo el engranaje de sistemas que condicionan la política de la imposición, la absorción y la agresión guerrera.

Hacemos simplemente referencia al hecho de que, a través de los esfuerzos que hasta la hora presente han venido realizándose con la finalidad de suscitar el mayor crecimiento demográfico posible, por punto general, casi nunca se llegó a establecer el indispensable discrimen, a considerar eficazmente el significado que, a la postre, tal obra representaba frente al valor biológico esencial de los nuevos elementos étnicos y a las incontables circunstancias derivadas de un desproporcionado crecimiento.

Es menester aclarar que no es el caso, en manera alguna, de desempolvar los postulados malthusianos. Se trata de acentuar la necesidad de examinar sin prejuicios y del modo más profundo posible todo el volumen de proyecciones que se desprende del régimen que persigue la superpoblación, hasta crear una alarmante realidad que cada día, sin duda, ha de ir agudizándose con muy patente mengua para las calidades del capital humano, con expectativas siniestras en cuanto concierne a los designios que a determinados sistemas políticos imprime ese crecimiento, y con efectos no menos fatales, en fin, frente a los trascendentales problemas de subsistencia y de convivencia que por sí misma ha de suscitar esa superpoblación.

Si la ciencia biológica, en lo que al hombre se refiere, no ha podido demostrarnos que el aumento cuantitativo de una sociedad irá ineludiblemente acompañado de un mejoramiento de las cualidades orgánicas generales, y, por ende, fisiológicas y psíquicas, un conjunto de prolijas observaciones, en cambio, han permitido establecer de modo concluyente, cómo, dentro del sistema social reinante, el incremento de un crecimiento indistinto de población humana sólo trae como consecuencia, en el mayor número, una marcha depresiva, un ascendiente debilitamiento y casi siempre un tono de degeneración. Esto, aún en el supuesto de que fuese descartada la procreación en las parejas que en tal situación se hallaren en virtud de las prácticas aconsejadas por la Eugenesia. Y es que,

por una parte se presenta el hecho de que aún en casos relativamente normales la fecundación de más de seis hijos ha demostrado ocasionar en éstos y en la madre predisposiciones morbosas; y está comprobado el hecho de que los hijos de familias pequeñas aventajan inmensamente en nivel intelectual y ético a aquellos de familias de más de seis hijos. De otro lado, las clases medias y especialmente las proletarias, nunca están en condiciones de disponer de los elementos materiales suficientes para prodigar a sus vástagos los cuidados y la nutrición completa y adecuados para un normal desarrollo, en consonancia con todos los indispensables menesteres humanos. En este aspecto se nos presenta bien claro el caso de los estados totalitarios, que tratan de fomentar aquel aumento ofreciendo estímulos económicos a fin de que las parejas cuenten con un respaldo para atender las exigencias de la prole. Mas, estos estímulos, que no son sino pequeños préstamos pecuniarios, por el hecho de ser demasiado exigüos, sólo pueden hallar aceptación y resonancia en las clases pobres. Y dichas sumas, en la realidad, no representan auxilio alguno eficaz, pero llegan a alcanzar la sola finalidad que el estado persigue; y como las circunstancias se mantienen igualmente penosas, ya es dable comprender qué índole de consecuencias se habrán de producir en un inmenso volumen de estos casos. La verdad es que, en el fondo, los gobiernos que propician tal incremento no tienen ante sí otro acicate que los fines guerreros o la expansión.

Sin embargo, no es posible hallar todavía ninguna sociedad organizada que se preocupe maduramente, con atención honda y consciente, de tan complejo asunto. En términos generales, todas se dirigen apresuradamente a alcanzar la mayor densidad demográfica posible. Y lo que en tal hecho asoma es simplemente una incongruencia lógica fundamental. Si se persigue un crecimiento de la población en forma de disponer de más altas posibilidades de rendimiento para los fines de la cultura, ¿cómo alcanzar tal propósito, si, justamente, en tal medida van implicadas contingencias negativas para la elaboración de esa cultura y luego los arduos y profundos problemas humanos que de ello se derivan no hacen sino obstaculizar fundamentalmente el proceso normal que se persigue?

Precisa, pues, determinar de antemano la relación necesaria de medio a fin. Si se trata de alcanzar planos cada vez más elevados de perfectibilidad humana, surge de inmediato la condición imperativa de anteponer fundamentalmente el criterio de la *calidad*. Bastaría observarse cualesquiera de las innumerables fases de la realidad contemporánea para comprobar plenamente las nefastas consecuencias de una superpobla-

ción fomentada sin clasificación ni discrimen. Y si en definitiva son los esenciales problemas de subsistencia y de convivencia aquellos que de modo más perentorio tiene ante sí la humanidad, es dable considerar serenamente si será un mundo congestionado y denso el llamado a resolverlos y allanarlos o precisamente una población sana, normal y selecta la predestinada a dar cauce adecuado a los trascendentales imperativos. Van contenidos en estas proposiciones una suma de realidades y un acopio de hechos cuya confrontación parte de la Eugenesia, de la Economía Social, de la Higiene. Se presenta, de esta suerte, la oportunidad de estudiar a conciencia la fórmula de “los menos y mejores”. Sólo que es procedente reflexionar que tal regla no puede sustentarse sino en el irrecusable principio lógico de perseguir, antes que *más* elementos, *mejores* elementos; antes que una población tarada, fruto de una procreación de tuberculosos, sifilíticos, enfermos mentales —degenerados en diversos conceptos—, los componentes humanos que puedan llegar al mundo en las más propicias condiciones orgánicas y ambientales.

No hay que olvidar, sin embargo, que cada uno de estos aspectos demanda estudios y aún comprobaciones de no escasa amplitud; y cada uno de estos puntos, además, contiene un acervo tal de consecuencias, que puede y debe ser materia de análisis de fondo y estudios bien profundos. Hoy nos contentamos con plantear simplemente su enunciado, más no sin advertir la misión trascendental y básica que compete al estado en tan grave problema y en los medios que para encararlo es preciso que sean definidos con espíritu libre y nuevo, con sentido humano y con una posición ética un tanto renovada.

Nada cabría tratar si el empeño se dirigiese a conseguir el mayor número de hombres para la guerra o a empujarlos fatalmente hacia ella en razón de inexorables apremios de subsistencia. Se presenta allí el caso por demás claro y sencillo de acrecentar por todos los medios la producción de un “material de guerra humano”, de igual suerte, o mejor aún, con más premioso interés que el que habría de fomentarse la producción de material mecánico, como tanques, aviones y municiones. Sólo que para efectos tales el procedimiento surge naturalmente más obvio, ya que la finalidad exclusiva será el alcanzar un ilimitado aumento de masa sin otras condiciones en sus componentes que las de cierta capacidad física y una ciega voluntad gregaria.